

LA ORDEN DE SAN BENITO Y SAN ANSELMO¹

Santiago CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.

1. PALABRAS INTRODUCTORIAS.

El pasado 15 de abril de 2009, el Santo Padre Benedicto XVI enviaba una carta al cardenal Giacomo Biffi con motivo del IX centenario de la muerte del «Doctor Magnífico», San Anselmo de Canterbury o de Cantorbery². El purpurado, ciertamente, iba a tomar parte como legado del Papa en las celebraciones que tendrían lugar en Aosta, ciudad natal del santo, a quien el Romano Pontífice calificaba en este documento como «gran monje, teólogo y pastor de almas, cuya obra ha dejado una huella profunda en la Historia de la Iglesia», «una de las figuras más luminosas de la Tradición de la Iglesia y en la propia historia del pensamiento occidental europeo».

Pero, teniendo en cuenta el tema que se nos ha propuesto para la presente ponencia, quizá quepa resaltar de un modo especial el conjunto de referencias más explícitas que Benedicto XVI, oblato benedictino y gran enamorado de San Benito y de su Orden, hacía en dicha carta a la condición de monje del «Doctor Magnífico». En efecto, el Papa destacaba «la ejemplar experiencia monástica de Anselmo», su espíritu contemplativo nacido muy probablemente de la visión desde niño de las montañas de su valle natal y de su vida entre ellas, y el ansia de saber y la innata propensión a la claridad y al rigor lógico, que le empujaron a las *scholae* monacales de su época. Fue así como, recuerda el Papa, ingresó en el monasterio de Bec, donde pudo ver armonizadas la vocación claustral y su inclinación por la dialéctica. «Detenerse en los años de la vida monástica de San Anselmo significa encontrar a un religioso fiel», dice Benedicto XVI, tal como nos lo relata su discípulo y biógrafo Eadmero: un monje de intensa vida contemplativa, ocupado en las cosas de Dios y deseoso de penetrar en el misterio y de percibir la claridad de la verdad.

También advierte el Papa que «en Anselmo, prior y abad de Bec, descubrimos algunas características que definen ulteriormente su perfil personal. Impacta ante todo en él el carisma de experto maestro de vida espiritual, que conoce e ilustra sabiamente las vías de la perfección monástica», juntamente con su genialidad educativa. Por nuestra parte, pensamos que esta capacidad pedagógica, original en parte, fue posible en gran medida gracias a los métodos aprendidos en la escuela monástica de Bec, cuyos fundamentos principales había echado el Beato Lanfranco, a quien San Anselmo parecía seguir los pasos. Además, el Papa resalta cómo iniciaba también a sus discípulos en la experiencia de la auténtica oración. Por lo tanto, nos hallamos ante un monje que es a su vez verdadero maestro de monjes, y así dice el Romano Pontífice que «se diría que el Anselmo más auténtico se encuentra en Le Bec, donde vivió treinta y tres años y donde

¹ Trabajo presentado como ponencia en la jornada sobre *San Anselmo en la tradición cristiana*, celebrada con motivo del IX centenario de San Anselmo de Canterbury, Doctor de la Iglesia, el 26 de septiembre de 2009 en la Hospedería de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, organizada por la Abadía de Santa Cruz del Valle de los Caídos y la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (S.I.T.A.), Sección de España. Publicado en CANTERA MONTENEGRO, Santiago, O.S.B., *Estudios de Historia y Espiritualidad Monástica*, Salzburgo, Universität Salzburg – Analecta Cartusiana, 2011, t. I, pp. 138-155.

² BENEDICTO XVI: «Mensaje del Santo Padre con ocasión del IX centenario de la muerte de San Anselmo», en *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, nº 2.105, 1 de mayo de 2009, pp. 3 y 9. El 7 de marzo había enviado otra carta al Abad Primado de la Confederación Benedictina, Dom Notker Wolf, también con motivo de este centenario. Más recientemente, el 23 de septiembre de 2009, ha impartido una catequesis en la Audiencia General (catequesis de los miércoles) sobre «San Anselmo: teólogo, maestro y pastor valiente».

fue muy querido. Gracias a la maduración adquirida en semejante ambiente de reflexión y de oración, él pudo también en medio de las sucesivas tribulaciones episcopales declarar: “No conservaré en el corazón rencor alguno contra nadie” (*Ep.* 321)».

Benedicto XVI incide constantemente en esta carta en la honda vocación monástica de San Anselmo y dice que «la nostalgia del monasterio lo acompañará durante el resto de su vida», como el propio santo manifestó. Es más, el «Doctor Magnífico» afirmará con claridad su condición: «Soy cristiano, soy monje, soy obispo» (*Ep.* 314).

En fin, el Papa sostiene la actualidad y la fascinación que conserva esta figura y lo oportuno que resulta revisar y reeditar sus obras y meditar sobre su vida. Por eso, al haber visto en estas palabras introductorias que estaba marcado profundamente por el espíritu benedictino y acogiendo tanto la exhortación del Santo Padre como el tema propuesto para esta ponencia, cabe plantearse: ¿cómo ha influido a su vez San Anselmo en su Orden, en la vida y el pensamiento de los hijos de San Benito?

2. LA «ESCUELA DE BEC».

Uno de los principales historiadores de la Orden de San Benito, Dom Philibert Schmitz, ha señalado que «es un hecho que los benedictinos, que han jugado un papel tan importante en la elaboración y el desarrollo de los conocimientos humanos, casi no han brillado, salvo raras excepciones, en el dominio de la Filosofía»³. Según él, esta realidad se puede deber a varios factores: el horario monástico que parte la jornada en cortos espacios de tiempo y la dedicación al Oficio Divino; pero, mucho más aún, el motivo principal puede ser la concepción realista de la vida, que el espíritu benedictino, recogiendo el espíritu romano, ha tenido desde el principio, huyendo de otro tipo de especulaciones y acogiendo prioritariamente las enseñanzas de la Revelación, de los Padres y de la Iglesia para una explicación del mundo. También considera que la inestabilidad de cargos y ocupaciones puede haber dificultado un mayor desarrollo de la actividad filosófica en los monasterios de la Orden. En fin, advierte que, si algunos benedictinos han cultivado la filosofía, no ha sido tanto por sí misma como con una intencionalidad teológica o moral⁴.

Todas estas apreciaciones son acertadas y volveremos sobre ellas en varias ocasiones en el presente trabajo, porque habremos de ver cómo no raramente se ha producido, a lo largo de los siglos y todavía en nuestro tiempo, un cierto espíritu de reticencia hacia un desarrollo más a fondo de la Filosofía. No obstante, la finalidad con la que San Anselmo se dedicó a ella e hizo Teología a partir en gran medida de ella, muestra una clara línea a seguir y que puede y, a nuestro parecer, también debe ser asumida por los benedictinos: *fides quaerens intellectum*, la fe que busca comprender⁵. Un principio que se encuentra en perfecta consonancia con máximas semejantes ya asentadas previamente por San Agustín y después por Santo Tomás de Aquino: «entiende para creer, cree para entender» (*intellige ut credas, crede ut intelligas*), enseñó el primero⁶, y «como la gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona, conviene que la razón natural esté al servicio de la fe (*oportet quod naturalis ratio*

³ SCHMITZ, Philibert, O.S.B., *Histoire de l'Ordre de Saint-Benoît*, Maredsous, Les Éditions de Maredsous, 1949, t. IV, p. 205.

⁴ SCHMITZ, Ph., O.S.B., *Histoire de l'Ordre de Saint-Benoît*, t. IV, pp. 205-207.

⁵ SAN ANSELMO, *Proslogion*, Proemio; en *Obras Completas de San Anselmo*, ed. del P. Julián Alameda, O.S.B., t. I, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (en adelante, B.A.C.), 1952, pp. 360/361.

⁶ Enunciado, por ejemplo, en SAN AGUSTÍN, *Sermo XLIII*, especialmente 4 y 7; en *Obras de San Agustín*, t. VII («Sermones», trad. y pról. de Fr. Amador del Fueyo, O.S.A.), Madrid, B.A.C., 1950, pp. 736/737 y 740/741.

subserviat fidei), lo mismo que la natural inclinación de la voluntad sirve a la caridad», afirmó el segundo⁷.

Pues bien, puede dar la impresión de que la directriz dada por San Anselmo apenas fue seguida por los benedictinos posteriores, sobre todo en los siglos medievales, pero veremos que no fue así. De hecho, tras el «Doctor magnífico» quedó una estela muy notable de discípulos allí por donde él pasó, principalmente Bec y Canterbury, que el eminente historiador benedictino Dom Jean Leclercq ha denominado «escuela de Bec», sobre todo por la manera en que esos autores trataron lo referente a la vida monástica⁸. Y así observa otro historiador de la Orden, Dom García M. Colombás, que, conforme a la información dada por Orderico Vital, en el monasterio de Bec los monjes se entregaban con tanto ardor al estudio que «casi todos parecen filósofos», desarrollando entre otras cosas ejercicios dialécticos: en conclusión, dice Dom Colombás que, con este hecho, «el ejemplo de San Anselmo no fue inútil del todo; fue seguido al menos en su monasterio»⁹. Orderico Vital refleja además cómo este hecho de la gran dedicación teológico-cultural y en buena parte filosófica de los monjes de Bec, fruto de la herencia dejada por el Beato Lanfranco y San Anselmo, no hacía a estos religiosos ser menos observantes de la vida monástica, sino que incluso sobresalían por su hospitalidad y caridad.

Entre los personajes más destacados de la «escuela de Bec», siguiendo un orden cronológico¹⁰ cabe destacar en primer lugar a Gilberto Crispín († 1117), monje de Bec y abad de Westminster, que mantuvo relaciones frecuentes con San Anselmo y experimentó su influjo; hombre culto, se entregó más a la exégesis bíblica que a la especulación filosófica. En su tratado *De anima* intentó completar la doctrina anselmiana. Dentro de sus valoraciones sobre la vida monástica, tal vez resalte el simbolismo del hábito.

Eadmero († 1141) es quizá el más conocido hoy de todos los discípulos de San Anselmo, principalmente por el hecho de ser su biógrafo¹¹. No era monje de Bec, sino de Christ Church, el priorato catedral de Canterbury, que entre mediados del siglo XI y mediados del XII fue el más notable centro intelectual de Inglaterra, como ha señalado Dom Colombás. Sobresalió como escritor fecundo y como chantre, entando por ello al cargo de la biblioteca y de determinar qué obras debían copiarse en el *scriptorium*. Pero también hay que resaltar a Eadmero como mariólogo, con dos obras de gran relieve: el *De excellentia Virginis Mariae* y sobre todo el *Tractatus de conceptione sanctae Mariae*, que compuso hacia 1140, no mucho antes de su muerte, y en el cual desarrolló y completó lo que a San Anselmo le había faltado para llegar a defender la Inmaculada

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 1, a. 8; SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, ed. dirigida por Fr. Francisco Barbado Viejo, O.P., t. I («Tratado de Dios Uno en esencia»), Madrid, B.A.C., 1947, pp. 92/93.

⁸ Cf. COLOMBÁS, García M., O.S.B., *La Tradición benedictina. Ensayo histórico*, t. IV, 1 («El siglo XII»), Zamora, Monte Casino, 1993, p. 381.

⁹ COLOMBÁS, G. M., *La Tradición benedictina*, t. IV, 1, p. 381. Así lo expone, en efecto, Orderico Vital: *Historia Ecclesiastica*, pars II, lib. IV, cap. 15; en MIGNE, *Patrologia Latina* (en adelante, PL), CLXXXVIII, col. 345: *Ingens in Ecclesia Beccensi liberalium artium et sacrae lectionis sedimen per Lanfrancum coepit, et per Anselmum magnifice crevit, ut inde plures procederent egregii doctores et providi nautae ac spirituales aurigae, quibus ad regendum in hujus saeculi stadio divinitus habenae commissae sunt Ecclesiae. Sic ex bono usu in tantum Beccenses coenobitae studiis litterarum sunt dediti, et in quaestione seu prolatione sacrorum aenigmatum utiliumve sermonum insistunt seduli, ut pene omnes videantur philosophi, et ex colloquutione eorum etiam qui videntur inter eos illiterati, et vocantur rustici, possint ediscere sibi comoda spumantes grammatici.*

¹⁰ Sobre la «escuela de Bec», COLOMBÁS, G. M., *La Tradición benedictina*, t. IV, 1, pp. 381-387.

¹¹ Sobre Eadmero, *Dictionnaire de Spiritualité* (DS), t. IV-1, cols. 1-5; *Dictionnaire de Théologie Catholique* (DTC), t. IV, cols. 1977-1978.

Concepción de la Virgen María¹². Su maestro había echado los fundamentos y Eadmero culminó el edificio, aunque, lógicamente, otros autores posteriores prosiguieran profundizando en los argumentos a favor de esa entonces opinión piadosa que no sería definida como dogma de fe hasta 1854 por el Papa Beato Pío IX. Sin decirlo de manera explícita, Eadmero refutaba en este tratado las objeciones que San Bernardo de Claraval había planteado en su carta a los canónigos de Lyon con relación a la fiesta de la Concepción de la Virgen que ese cabildo había instituido en 1136¹³. Según André Cabassut, el *Tractatus* de Eadmero «ocupa un lugar de primer plano en la historia del dogma de la Inmaculada Concepción» y ejerció una influencia considerable, no sólo entre los teólogos ingleses del siglo XII, como Osberto de Clare, sino también entre los de otros países y de centurias siguientes: en el siglo XVII, Pedro de Alva citaría hasta ciento veinticuatro autores a los que esta obra les era familiar¹⁴.

Otro miembro algo posterior de la denominada «escuela de Bec» es Raúl, Ralph o Radulfo († 1124), monje de Caen, prior de Rochester y abad de Battle (el monasterio fundado por Guillermo el Conquistador para conmemorar la batalla de Hastings). Aunque es un autor de segunda línea, mantuvo una relación estrecha con el Beato Lanfranco y con San Anselmo y es un buen representante del monacato anglonormando. Su obra más valorada son los *Octo punta*, ocho puntos de meditación para que el monje estudiara si había caído en la relajación y que tuvieron una gran difusión en Inglaterra hasta que Enrique VIII terminó con la vida religiosa en el siglo XVI.

Odón Wode u Odón de Canterbury († 1200), monje de Christ Church, fue un hombre de confianza de Santo Tomás Becket y abad de Battle. Orador notable, transmite en sus sermones una gran devoción a Cristo y a la Virgen.

También pertenecen a la escuela anselmiana dos autores destacados: Honorio de Autun y Hugo de Amiens¹⁵. El primero es un personaje un tanto enigmático, del que ni siquiera es seguro de qué monasterio era monje, si de Santiago de Ratisbona o de Christ Church de Canterbury. Elaboró hacia 1125 un *Elucidarium* que es como un precedente de los *Libri Sententiarum* de Pedro Lombardo; bajo el título de *Dialogus de summa totius christianae theologiae*, era como una suma de toda la teología católica, según el propio título indica. En cuanto a Hugo de Amiens (c. 1080-1164), fue monje cluniacense, después abad de Reading y finalmente arzobispo de Rouen. Sus dos obras principales son los *Dialogorum libri* y el *Contra haereticos*.

El P. Colombás ha resaltado que, si es cierta la idea de M.-D. Chenu de que el monacato del siglo XII quiso hacer de la humanidad «un monasterio alegre, activo, que vive de la esperanza de la felicidad celestial», tal vez su mejor realización fuera la «escuela de Bec», según se refleja en las obras monásticas de sus autores: en ellas predomina la idea de la profesión de los votos monacales como segundo bautismo y retorno al Paraíso. Así, el mensaje fundamental de esta escuela dejada tras de sí por San Anselmo, sobre todo en el terreno de la reflexión sobre la vida cristiana y monástica,

¹² Las obras de Eadmero, en PL, CLIX, cols. 341-836; el *De excellentia Virginis Mariae liber*, cols. 557-580; el *Tractatus de conceptione Beatae Mariae Virginis* aparece recogido en la *Patrología* de Migne entre las obras espurias de San Anselmo, en el mismo vol., cols. 301-318.

¹³ Sobre la auténtica posición de San Bernardo en el tema de la Inmaculada Concepción, hicimos algunas precisiones en otro estudio, siguiendo en gran medida las explicaciones del monje cisterciense Ailbe J. Luddy: CANTERA MONTENEGRO, Santiago, *San Bernardo o el Medioevo en su plenitud*, Madrid, Criterio, 2000, pp. 83-84; la exposición referida, en LUDDY, Ailbe J., O.C.S.O., *San Bernardo. El siglo XII de la Europa cristiana*, Madrid, Rialp, 1963, pp. 374-382 y 683-700; la carta del «Doctor Melifluo», en SAN BERNARDO, *Obras completas*, ed. de los monjes cistercienses de España, vol. VII, Madrid, B.A.C., 1990, pp. 582-591 (carta 174).

¹⁴ DS, t. IV-1, cols. 3-4.

¹⁵ Sobre ellos, SCHMITZ, Ph., O.S.B., *Histoire de l'Ordre de Saint-Benoît*, t. IV, pp. 140-141.

consiste en afirmar del modo más rotundo el carácter radicalmente cristiano del monacato, situándolo en el corazón de la Iglesia como un género de vida que tiene por fin único y verdadero el cumplimiento del proyecto evangélico¹⁶.

Aparte de la «escuela de Bec», da la impresión de que la influencia posterior de San Anselmo en el ámbito benedictino quedó casi reducida en parte a sus enseñanzas sobre la vida monástica, recogidas principalmente en varias de sus cartas. No obstante, es posible detectar también otras obras suyas de carácter filosófico-teológico en bibliotecas de monasterios. Pero sí es cierto que, hasta el renacimiento anselmiano del siglo XVII, parece que su influjo quedara algo eclipsado, quizá debido por un lado a la tendencia general de la vida monástica clásica a la decadencia –por el auge de los frailes mendicantes y por la crisis del siglo XIV– hasta su resurgimiento con nueva fuerza gracias a las reformas bajo y tardomedievales, y posiblemente también porque entre los escolásticos se hicieron importantes matizaciones a algunos puntos notables de su pensamiento, siendo el propio Santo Tomás quien en buena medida se destacara en este sentido.

Sin embargo, todavía en un siglo grande del monacato benedictino medieval, en el XII, y fuera del marco de los «monjes negros», no deja de llamar la atención cómo el máximo impulsor de los «monjes blancos» –la reforma cisterciense–, San Bernardo de Claraval, viene a recoger resumidamente pero con bastante claridad el denominado «argumento ontológico» de San Anselmo en su tratado *De consideratione*, dirigido al papa Eugenio III, hermano de hábito del «Doctor Melifluo»¹⁷. En este texto dice el santo abad: «¿Qué es Dios? Lo mejor que puede concebirse (*quod nihil melius cogitari potest*). Si estás de acuerdo, no puedes admitir que exista un ser por el cual exista Dios y no sea Dios ese ser. Porque sin duda sería superior a Dios. ¿Cómo no sería superior a Dios un ser que no es Dios y hace que Dios exista? Pues con mayor razón hemos de reconocer que esa divinidad, por la cual dicen que Dios existe, no es sino Dios mismo. En Dios no hay nada más que Dios».

Además, aquí, como en otras muchas páginas del tratado, San Bernardo razona como un dialéctico de la época y no está nada lejos del estilo discursivo de San Anselmo. Aunque con frecuencia se haya incidido en la reacción anti dialéctica del «Doctor Melifluo», originada por las derivaciones hacia las que en su momento conducía sobre todo el pensamiento de Pedro Abelardo, él sin embargo había recibido una importante formación dialéctica y no era en sí mismo reactivo a ella ni a la Filosofía en general, como ya probamos en otro trabajo, apoyándonos a su vez en varios estudios anteriores¹⁸.

En fin, juntamente con las apreciaciones que realizábamos al inicio de este punto sobre la relación de los benedictinos con la Filosofía, tampoco hay que perder de vista otro aspecto importante y que debe una parte considerable a San Anselmo: el trabajo teológico de los monjes a lo largo de varios siglos condujo al nacimiento de la Escolástica, pues no sólo se trataba de transmitir con exactitud y precisión el depósito dogmático, sino que se buscaba comprender los datos a la luz de la fe y de la Filosofía. Y en este sentido, la línea se mantuvo en los monasterios benedictinos, que prosiguieron la ruta que ellos mismos habían abierto, con el desarrollo de la Escolástica, aun cuando por lo general no se dedicaran expresamente a la Filosofía. Pero la Escolástica, ciertamente, es también un modo de hacer Teología. De todas formas, también es

¹⁶ COLOMBÁS, G. M., *La Tradición benedictina*, t. IV, 1, pp. 386-387.

¹⁷ El tratado, en SAN BERNARDO, *Obras completas*, ed. cit., vol. II, Madrid, B.A.C., 1984, pp. 49-233. Lo que decimos, en *De consideratione*, lib. V, 7, 15: en la ed. cit., pp. 208/209. Ya incidimos en este hecho en CANTERA, S., *San Bernardo*, p. 68.

¹⁸ CANTERA, S., *San Bernardo*, principalmente pp. 28-29 y cap. 5.

verdad que, a partir del siglo XII, con el renacimiento urbano y con la decadencia vivida en buena parte del ámbito monástico clásico, las escuelas monásticas fueron perdiendo su importancia, mientras que iban tomando un impulso renovador las escuelas catedralicias, a las cuales en el siglo XIII tomarían el relevo las universidades¹⁹.

3. EL RENACIMIENTO ANSELMIANO DEL SIGLO XVII EN ESPAÑA Y SUS REPERCUSIONES.

Con acierto advertía el P. Julián Alameda que, «al lado de la escuela tomista, escotista y agustiniana, hubo en España una escuela anselmiana, fundada en Salamanca en el siglo XVII por el cardenal Aguirre y apoyada en la gran autoridad de San Anselmo. [...] La norma de esta escuela es, naturalmente, seguir como maestro a San Anselmo, aunque haciéndole coincidir lo más posible con Santo Tomás»²⁰.

Este renacimiento anselmiano vivido en la España de los Siglos de Oro y que tuvo repercusiones fuera de nuestras fronteras vino posibilitado, por una parte, por el propio desarrollo cultural vivido en aquella España, en la cual, entre otras cosas, se experimentó un nuevo auge de la Escolástica que, sobre la tradición de esta misma, resultó a la vez realmente renovador²¹. Y más específicamente, dicho renacimiento pudo hacerse realidad por las directrices que adoptó la Congregación de San Benito de Valladolid, es decir, la de los benedictinos reformados de la España bajomedieval, a partir de su Capítulo General del año 1500: ante la necesidad de disponer de monjes bien formados para los cargos de gobierno, se abandonó la inicial postura reticente hacia unos estudios más intensos y éstos se valoraron en sentido positivo, hasta el punto de ordenar que los religiosos los realizasen en los monasterios y especialmente en algunos que habrían de ser colegios de la Congregación, concretamente Valladolid y Sahagún. No es seguro que éstos llegaran a fundarse por entonces, pero sí lo es que en 1504 los benedictinos observantes recibieron del Papa la cesión del antiguo priorato cluniacense de San Vicente de Salamanca para establecer el colegio proyectado. En 1553, la Congregación decidía que, además de éste, también se tuvieran colegios para la formación de los monjes en los monasterios de Arlanza, Eslonza, Ribas de Sil, Irache y San Vicente de Oviedo, si bien tres años después se reduciría su número y más tarde nuevamente se variaría²².

Fueron varios los benedictinos que destacaron por su dedicación intelectual en San Vicente de Salamanca desde el siglo XVI, pero el renacimiento anselmiano se debe sin lugar a dudas a un personaje eminente que llegaría a ser cardenal presbítero: José Sáenz de Aguirre (1630-1699). Así lo describe Víctor Sánchez Gil: «representante insigne de la teología del último tramo del período de la contrarreforma, de talante y estilo barrocos y artífice, por consiguiente, de teología barroca con aires de evidente

¹⁹ En esto incide en parte SCHMITZ, Ph., O.S.B., *Histoire de l'Ordre de Saint-Benoît*, t. IV, pp. 137-138.

²⁰ En la introducción a SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, ed. del P. Julián Alameda, O.S.B., t. I, Madrid, B.A.C., 1952, p. 174. También incide en esta idea en ALAMEDA, Julián, O.S.B., *Cursillo de Teología Anselmiana para estudiantes de Teología*, Zamora, Ediciones Monte Casino - Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos, 1976, p. 5.

²¹ En gran medida, los dominicos tomistas docentes en la ciudad del Tormes fueron los creadores de lo que se ha denominado la «Escuela de Salamanca», paradigma de este apogeo de la Escolástica hispana. Cabe recomendar la obra de BELDA PLANS, Juan, *La Escuela de Salamanca*, Madrid, B.A.C., 2000.

²² COLOMBÁS, García M., O.S.B., «Los estudios en la Congregación de San Benito de Valladolid», en *Los monjes y los estudios. Actas de la IV Semana de Estudios Monásticos: Poblet, 1961*, Abadía de Poblet, 1963, pp. 339-362, más concretamente pp. 341-347. Es muy interesante el amplio estudio previo dedicado al monasterio de Irache y su Universidad por SIMÓN PÉREZ, Alfredo, O.S.B., *El Monasterio y la Universidad de Irache: Inventario del Archivo (siglos XVI-XIX)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2002; el colegio de Irache recibió el reconocimiento como Universidad en 1569.

renovación, ha de ser considerado igualmente como esclarecido canonista e historiador de los concilios hispánicos (*Collectio maxima conciliorum Hispaniae*, 4 vols., Roma 1693-1694)²³. Pérez Goyena le denominó «príncipe de los teólogos benedictinos y verdadero patriarca de su Escuela Teológica en España»²⁴. Pues bien, el mérito principal de este personaje sería dar propiamente origen al «centro más importante que hubo jamás en nación alguna de estudios teológicos anselmianos»²⁵, al menos hasta la reciente profundización en ellos realizada en el Ateneo Pontificio de San Anselmo de Roma, del cual se hablará más adelante.

Fray José Sáenz de Aguirre, natural de Logroño, ingresó en el monasterio de San Millán de la Cogolla en 1645 y realizó sus estudios en los colegios de la Congregación vallisoletana, en algunos de los cuales también enseñó después como profesor. Fue abad de San Vicente de Salamanca en los años 1677 a 1681 y ocupó en la Universidad de esta ciudad varias cátedras. Combatió con ardor el galicanismo y más tarde el jansenismo y el quietismo de Molinos. En 1686, Inocencio XI le concedió el cardenalato, por lo que tuvo que marchar a Roma, lo cual le causaría grandes pesares, dado su amor a la celda y a la vida monástica y su espíritu de estudio, que tanto contrastaban con las intrigas existentes en la curia pontificia. No obstante, este traslado también le ofreció la posibilidad de entrar en contacto con los métodos teológicos que allí y en otras partes de Europa se seguían y pudo trabar relación con notables benedictinos que residían en la Ciudad Eterna o que iban de paso, especialmente con Dom Jean Mabillon y otros destacados monjes de la Congregación francesa de San Mauro, tan volcada en el ámbito intelectual. Con él cruzaría una interesante correspondencia, en la que no siempre mostrarían un acuerdo en sus puntos de vista, pero en cualquier caso se detecta un espíritu de fraternal y de mutua admiración.

Una de sus mayores aportaciones fue lograr la creación de dos cátedras de Teología para los benedictinos en la Universidad de Salamanca (1692): una de Prima y otra de Vísperas, venciendo las resistencias de jesuitas y dominicos, más aún cuando no se inclinó decisivamente ni por la postura de unos ni por la de otros en la controversia *de auxiliis* y cuando tales cátedras iban a gozar de iguales condiciones e idénticos honores que las detentadas por estas Órdenes. Asimismo logró instaurar otra cátedra, en este caso sin resistencia: la de San Anselmo (1694); la ausencia de oposición vino dada quizá en parte porque sus beneficiarios iban a ser los propios graduados de la Universidad, a excepción de los benedictinos²⁶.

²³ ANDRÉS MARTÍNEZ, Melquiades (dir.), *Historia de la Teología Española*, vol. II, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1987, p. 420. Sobre este personaje existe una biografía reciente muy detallada de PRADO GARCÍA, Nicolás, *Cardenal Aguirre (1630-1699). De la celda a la púrpura*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2004. También traza una buena semblanza COLOMBÁS, G. M., O.S.B., *La Tradición benedictina*, t. VII, 2 («Los siglos XVII y XVIII»), Zamora, Monte Casino, 1997, pp. 625-632. Y, entre otros estudios de diversos autores, cabe destacar asimismo el trabajo de PASCUAL, Juan Antonio, O.S.B., «Una experiencia monástica: el cardenal Aguirre y los estudios», en el citado volumen de *Los monjes y los estudios*, pp. 449-456. También cabe recordar lo que dedica al cardenal Aguirre y a algunos otros autores, entre ellos los benedictinos tomistas de la Universidad de Salzburgo, LINAGE CONDE, Antonio, *San Benito y los benedictinos*, t. IV, Braga, 1993, pp. 1945-1975.

²⁴ Cf. PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, p. 157.

²⁵ Son palabras del P. Julián Alameda en la introducción a SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, t. I, p. 174.

²⁶ Sobre la fundación de estas cátedras, PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, cap. 16; también había un trabajo más antiguo de COLOMBÁS, García M., O.S.B., «Historia de la fundación de tres cátedras de Teología en la Universidad de Salamanca», en *Hispania Sacra*, XIII (1960), pp. 55-106. Además, LINAGE CONDE, Antonio, *El monacato en España e Hispanoamérica*, Salamanca, Instituto de Historia de la Teología Española, 1977, pp. 173-174. Con el tiempo, en la Universidad de Salamanca llegarían a existir hasta 18 cátedras: diez llamadas «de Universidad» (Prima, Vísperas, Sagrada Escritura, Filosofía Moral, Durando, Santo Tomás y Escoto, más Teología Moral, San Anselmo y Suárez) y ocho denominadas «de

Desde el punto de vista teológico, su obra principal es sin duda la titulada *Sancti Anselmi archiepiscopi Cantuariensis Theologia*, en tres gruesos volúmenes (Salamanca, 1680-1685), elaborada desde su experiencia docente salmanticense y siguiendo el método escolástico, mezclado con gran erudición y teología histórico-positiva. Fue acogida con entusiasmo por el papa Inocencio XI, que mandó a los maestros del Colegio Anselmiano de Roma, benedictino, que en nada se apartaran de la doctrina del santo arzobispo cantuariense, según la había interpretado y expuesto su comentador Aguirre²⁷.

Aquí y en todas sus directrices teológicas para los benedictinos, el propósito y la línea central del cardenal Aguirre es promover el conocimiento de San Anselmo como maestro insigne de la Orden de San Benito, en armonía con el pensamiento de San Agustín y de Santo Tomás, viniendo a procurar una síntesis agustiniano-anselmiano-tomista. Así, cuando indicó a la Congregación cómo se debían acometer los estudios de Filosofía y Teología en sus colegios y cómo se había de enseñar en las cátedras obtenidas para ella en Salamanca, establecía que «se siga inconcusamente la doctrina de Santo Tomás, que, a la verdad, es la misma de San Agustín y San Anselmo, siendo certísimo que al Angélico Doctor concedió Dios luz especial y suavidad maravillosa para entender y explicar la mente de los dos y de cualesquier otros Santos Padres, templando cualquiera otra proposición difícil o algo dura en una piedad y claridad que mueve a admiración. Léase con cuidado y continuamente al Santo en sus obras y celestiales escritos [...], que todo se hallará en él así en lo dogmático como en lo escolástico»²⁸.

Por lo tanto, la recuperación de San Anselmo se hará en gran medida, según la mente del futuro cardenal, desde la luz del pensamiento de Santo Tomás como guía seguro en la Filosofía y en la Teología, y en sintonía a un mismo tiempo con San Agustín. En una carta al cardenal Portocarrero de julio de 1692, en relación con la fundación de las cátedras salmantinas, deja claro que los benedictinos que las detenten «seguirán la doctrina de la Iglesia, como siempre, la de los concilios y Santos Padres, en especial San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás, como yo la he seguido por palabra y escrito»²⁹. Ciertamente, al menos desde 1519, los maestros benedictinos españoles se inclinaban abiertamente por el tomismo³⁰.

En lo que respecta al método filosófico y teológico, Aguirre se decantaba con toda claridad por el escolástico, si bien se abrió al histórico-positivo que por entonces se iba difundiendo en Roma y en otros lugares de Europa y que Dom Mabillon defendía con entusiasmo. Comprendía las posibilidades que éste ofrecía y con el tiempo se lamentó de haber dedicado mucho tiempo a lo que cabe denominar «sutilezas escolásticas», tan típicas de la Escolástica barroca del siglo XVII y que tanto embrollaron en ocasiones la Teología (entre ellas, la misma cuestión *de auxiliis*)³¹. Sin embargo, esto no significa que en momento alguno renunciara a todo lo positivo que la auténtica Escolástica tenía y tiene de forma perenne: de hecho, siempre se decantó de forma general y fundamental por el método escolástico, que tan buenos resultados venía

Religiones» (de Prima y Vísperas de dominicos, jesuitas, benedictinos y franciscanos), que no se gobernaban por los Estatutos Universitarios, sino que eran de Patronato Real; cf. BELDA, J., *La Escuela de Salamanca*, p. 161.

²⁷ Cf. PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, p. 147.

²⁸ Cf. PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, p. 155.

²⁹ Cf. PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, p. 221.

³⁰ COLOMBÁS, G. M., O.S.B., *La Tradición Benedictina*, t. VII, 2, p. 630, n. 26.

³¹ «Siento en el alma haber gastado el tiempo en especulaciones y de poquísima utilidad, así en lo dictado como en lo impreso. Nadie me imite en esta parte de exceso en cuanto a lo escolástico»; cf. PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, p. 154.

dando en el panorama intelectual español de los Siglos de Oro. Por lo tanto, supo discernir entre lo positivo y lo negativo del método escolástico y de sus expositores.

El éxito de la labor del cardenal Aguirre en lo que respecta al relanzamiento de la figura y del pensamiento del santo arzobispo cantuariense fue realmente notorio. Como afirma el P. Julián Alameda, «no sólo se siguió a San Anselmo en Salamanca, sino también en las otras dos Universidades regidas por los benedictinos: Sahagún e Irache, sin contar las de Oviedo y la de Santiago, donde abundaban los profesores benedictinos, en mayor proporción que los de ninguna otra Orden»³². Además, en 1743 se fundó otra cátedra de San Anselmo en Valladolid por acuerdo de la Universidad, y en 1771, al igual que la de Salamanca, una y otra se fundieron con las ordinarias. Por la cátedra salmantina pasaron hasta treinta y siete profesores, y por la de Valladolid, catorce. Asimismo, los benedictinos ingleses refugiados en España (debido a la persecución protestante) y para los que la Congregación de San Benito de Valladolid erigió dos colegios, recibieron igualmente en éstos una sólida formación anselmiana que luego se extendió a la Congregación Inglesa; tal vez eso explique que John Henry Newman tuviera las obras de Aguirre en gran estima y las consultase³³. También en Roma tuvo su prolongación esta escuela, pues el papa Inocencio XI, a quien el cardenal Aguirre dedicó su *Sancti Anselmi Theologia*, ordenó a los profesores del Colegio Anselmiano que siguieran la doctrina del santo de Aosta: desde entonces, se tuvo en mayor honor a San Anselmo y se incrementó su estudio, tomando como guía la obra del cardenal Aguirre. De hecho, esta obra fue nuevamente editada en Roma en 1688-1690.

Dentro de la influencia ejercida sobre todo por el cardenal Aguirre, hay que tener presente asimismo la difusión del aprecio al Doctor cantuariense en la Universidad de Salzburgo, que había sido fundada por los benedictinos en 1617-1620, y la irradiación anselmiana luego habida desde este núcleo hacia Alemania, Austria y Suiza. El tomismo de este foco adquiere una relevancia singular durante los siglos XVII y XVIII, pues con él se querían combatir los errores de los filósofos modernos³⁴.

Pérez Goyena enumera catorce teólogos que siguieron y profundizaron en mayor o menor medida la doctrina anselmiana y veinticuatro obras impresas, a los que el P. Alameda suma otros dos. Varios de ellos son anteriores en sus publicaciones a las de Aguirre, de tal modo que éste tuvo predecesores notables sobre cuya base realizó su labor, si bien fue a él a quien principalmente se debió el resurgir anselmiano. Así, conforme a la relación del P. Alameda, cabe citar a los siguientes teólogos, buena parte de ellos benedictinos, desde inicios del siglo XVII hasta mediados del XVIII³⁵: Lardito, Silva, La Moneda, Herce, Antonio Pérez, Navarro de Céspedes, Leandro de San Martín, Lacerda (obispo de Badajoz), Laserna, Francisco Crespo, Porta, José de la Presentación y el P. Ildefonso Olivares.

Podemos señalar algunas notas de varios de ellos³⁶. El P. Juan Bautista Lardito (1660-1723) fue catedrático de Salamanca y general de la Congregación vallisoletana. En su obra principal, *Sancti Anselmi... disputationibus scholasticis...* (Salamanca, 3 vols., 1699-1703), al igual que ya lo hiciera el P. Andrés de la Moneda, monje de Burgos y profesor en Irache, en su *Cursus utriusque philosophiae tam rationalis quam naturalis...* (Burgos, 4 vols., 1660-1661) y en el subsiguiente *Cursus utriusque*

³² SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, t. I, p. 175.

³³ LINAGE CONDE, Antonio, *San Benito y los benedictinos*, t. IV, p. 1946.

³⁴ LINAGE, A., *El monacato...*, p. 178. COLOMBÁS, G. M., *La Tradición Benedictina*, t. VII-2, pp. 744-752.

³⁵ SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, t. I, pp. 175-177.

³⁶ Así, además de lo reseñado por el P. Julián Alameda, también en ANDRÉS, M. (dir.), *Historia de la Teología Española*, vol. II, pp. 421-422.

theologiae, tam scholasticae quam moralis (Lyon, 1672, y Madrid, 1681), toma por guías explícitamente, incluso en el título completo de la obra, a San Anselmo y a Santo Tomás. El P. Lardito dedicó además otro estudio al *Cur Deus homo* y al *De incarnatione Verbi* de San Anselmo, publicado en Salamanca en 1699-1703.

El P. José Porta publicó en Roma en 1690 la *Theologia scholastica secundum principia S. Anselmi*. El P. Manuel Navarro de Céspedes, catedrático de la Universidad de Salamanca a finales del siglo XVII e inicios del XVIII, se puede inscribir en la escuela anselmiana en cierta parte, pero sobre todo destacó como restaurador del agustinismo, reinterpreta al Doctor de la Gracia y las doctrinas de antiguos agustinianos, aunque chocó precisamente por ello con el teólogo agustino Pedro Manso.

El P. Miguel Herce († 1757), que llegó a ser maestro general de la Congregación de Valladolid y ejerció como catedrático en Salamanca durante 18 años, es un magnífico representante de la línea marcada por Aguirre y Lardito, de conciliar las doctrinas de San Anselmo con las de Santo Tomás. Tras su muerte se publicó una obra de notable importancia: el *Tractatus theologicus iuxta miram Par. Anselmi et D. Thomae doctrinam*, 3 vols. (1760).

El P. Ildefonso Olivares fue sin duda uno de los mayores promotores de San Anselmo. Profesor en la Universidad benedictina de Irache y luego abad de San Benito de Valladolid, publicó un comentario literal de todas las obras del santo arzobispo cantuariense: *Commentarii in universos Sancti Doctoris Anselmi... theologicos, dogmaticos, polemicos, scholasticos, Tractatus* (Valladolid y Salamanca, 1776-1790). En estos comentarios ofrece, entre otras cosas, una especie de suma teológica anselmiana, siguiendo el mismo orden y método de Santo Tomás en su obra maestra: así demuestra el P. Olivares que San Anselmo trató de todas las cuestiones teológicas y que en sus obras aparece ya una primera manifestación de las grandes síntesis posteriores, sobre todo la del Doctor Angélico³⁷.

La escuela benedictina salmantina influyó también en el desarrollo de la filosofía y la teología anselmianas en otros lugares de España, en Portugal, en Roma y en otros países, según hemos dicho. En Portugal destaca la figura del P. José de la Presentación, autor de un *Systema theologicum ad mentem S. Anselmi* (Coimbra, 1765)³⁸.

Como bien resalta el P. Julián Alameda, «una nota simpática de esta escuela anselmiana es que sus teólogos fueron los corifeos de la doctrina de la comunión frecuente y aun diaria y de la Inmaculada Concepción»³⁹. Lo primero fue ya defendido en un memorial publicado en 1613 por el P. Marcilla, monje de San Martín Pinario y catedrático en la Universidad de Santiago, y lo segundo por algunos teólogos benedictinos como los PP. San Vitores, Ontiveros, Silva, Mauro, Somoza y Navarro, sin olvidar al cardenal Aguirre y a Lardito.

4. DOM MABILLON Y SAN ANSELMO.

La Congregación benedictina francesa de San Mauro, los *maurinos*, destacó en los siglos modernos, quizá sobre todo en el XVII, por el cultivo de los estudios⁴⁰. Entre

³⁷ Lo recoge el P. Julián Alameda y así lo valora en SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, t. I, pp. 155-172.

³⁸ Puede ser de interés recordar el trabajo de MATOSO, José, O.S.B., «Os estudos na Congregação Beneditina Portuguesa», en las citadas actas *Los monjes y los estudios*, pp. 363-380.

³⁹ SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, t. I, pp. 177-178. También lo ha destacado con cierto detalle LINAGE, A., *El monacato...*, pp. 190-193.

⁴⁰ VANDENBROUCKE, François, O.S.B., «L'esprit des études dans la Congrégation de Saint-Maur», en las citadas actas *Los monjes y los estudios*, pp. 457-501.

sus monjes más notables descuella, por supuesto, la figura de Dom Jean Mabillon (1632-1707), el padre de la Paleografía y de la Diplomática⁴¹.

Dom Mabillon mantuvo una polémica famosa con el abad de la Trapa, Dom Armand le Bouthillier de Rancé, con motivo de la autenticidad del espíritu monástico, de la fidelidad a éste y de la conveniencia o no de los estudios de cara a él. El ardor y la vehemencia de Dom Rancé, unidos a su severidad de carácter y de juicio, provocaron serias polémicas con otros destacados personajes del monacato francés del siglo XVII, entre ellos el general de los cartujos, Dom Innocent le Masson, y el propio Dom Mabillon. Éste, haciendo gala de verdadera *discretio* benedictina, es decir, de justo equilibrio y sabia moderación, hizo una defensa del valor de los estudios para la vida del novicio y del monje, que plasmó principalmente en su *Tratado de los estudios monásticos* (1691).

Dom Mabillon se convirtió en un promotor de la teología positiva y del método histórico-positivo y se mostró bastante crítico hacia las exageraciones y los peligros del escolasticismo. No es, en realidad, un crítico completo de la Escolástica, pese a como muchas veces se le ha presentado, sino que más bien rechaza las derivaciones de ésta, pero al mismo tiempo reconoce también sus cualidades y defiende un uso correcto de la misma, sin caer en especulaciones y sutilezas absurdas. En efecto, claramente dice que se debe corregir el exceso, pero no condenar absolutamente lo que de suyo es bueno, e incluso enumera algunas de las ventajas y utilidades del método escolástico, como aprender a hablar con precisión en materia de religión, precisar las opiniones que se deben tener, solucionar nuevos problemas, dilucidar los equívocos y artimañas de los herejes y conciliar el modo de expresarse de los antiguos con los que se usan hoy en la Iglesia. Para el erudito monje maurino, el uso de la razón que hace la Escolástica es bueno cuando se mantiene dentro de los límites adecuados y se ajusta a las reglas, no divagando en cuestiones quiméricas⁴².

Entre los ejemplos que presenta de un uso correcto del método escolástico, señala que «entre los latinos, el primero que trató de temas teológicos en forma escolástica, fue San Anselmo en los diferentes tratados que escribió. Su estilo no es enteramente oratorio, ni enteramente dialéctico. Es conciso y algo metafísico. Guillermo de Champeaux, Pedro Abelardo, Anselmo de Laón y otros muchos le imitaron»⁴³. Poco más adelante exhorta a que quienes deseen hacer un buen uso de la Escolástica no hagan de la teología una escuela de sutilezas, sino que sigan el modelo de San Juan Damasceno, San Anselmo y sobre todo del Maestro de las Sentencias, Pedro Lombardo, así como a Santo Tomás⁴⁴.

Del aprecio de Dom Mabillon por la auténtica Escolástica es buena muestra el hecho de que, para formarse en ella, recomiende ante todo la lectura del tratado *De locis theologis* de Melchor Cano, es decir, una de las figuras señeras de la gran Escolástica española del siglo XVI. Hacia esta obra eleva grandes alabanzas y a continuación dice que «asimismo es oportuno leer los cuatro libros de San Juan Damasceno sobre la fe ortodoxa, los tratados teológicos de San Anselmo, el Maestro de las Sentencias y las principales cuestiones de la *Suma* de Santo Tomás»⁴⁵.

⁴¹ Con motivo del centenario de su muerte, cabe resaltar la publicación de varias obras suyas, su biografía y un buen estudio precedente: DOM MABILLON, *Oeuvres choisies*, ed. de Odón Hurel, biografía de Dom Henri Leclercq, París, Robert Laffont, 2007. En España, unos años antes fue publicada una de sus obras más importantes: DOM JUAN MABILLON, *Tratado de los estudios monásticos*, ed. de Sara Fernández Calleja, O.S.B., Zamora, Monte Casino, 2003.

⁴² DOM JUAN MABILLON, *Tratado de los estudios monásticos*, parte II, cap. 6, p. 199.

⁴³ DOM JUAN MABILLON, *Tratado de los estudios monásticos*, parte II, cap. 6, p. 202.

⁴⁴ DOM JUAN MABILLON, *Tratado de los estudios monásticos*, parte II, cap. 6, pp. 203-204.

⁴⁵ DOM JUAN MABILLON, *Tratado de los estudios monásticos*, parte II, cap. 6, pp. 204-205.

5. SAN ANSELMO Y LOS BENEDICTINOS DE LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA.

5.1 El Colegio de San Anselmo de Roma.

Los benedictinos se han caracterizado a lo largo de los siglos, en lo que a alta organización se refiere, por la gran autonomía e incluso independencia de los monasterios y por la existencia de congregaciones diferentes entre sí, que tienen en común el seguimiento de la Regla de San Benito y generalmente el mismo hábito, pero cada una con unas constituciones propias y con unas declaraciones particulares a la Regla. De este modo, cuando se habla de la «Orden de San Benito» hasta finales del siglo XIX, debe entenderse como la «Religión de San Benito», esto es, los monjes que abrazan la vida ordenada por el santo de Nursia y que profesan su Regla. Hasta 1893, ese término no puede ser comprendido como una Orden religiosa perfectamente unida y estructurada. Pues fue el 12 de julio de 1893 cuando, por el breve *Summum semper*, León XIII instituía la Confederación Benedictina como aglutinante de las diversas congregaciones y abadías benedictinas, que mantendrían su organización propia y su vida particular, si bien desde ahora mejor hermanadas y con un abad primado que ejercería sobre todo una dirección espiritual suprema y en cierto modo honorífica, cuyo primer titular sería Dom Hildebrando de Hemptine⁴⁶.

Los deseos del mencionado Papa por lograr una mayor unión entre los benedictinos, juntamente con su gran proyecto de relanzar el pensamiento filosófico y teológico católico, de carácter principalmente escolástico en su diversidad de legítimas escuelas, se habían visto ya previamente plasmados en la restauración del Colegio de San Anselmo de Roma en 1887, conforme al breve *Quae diligenter* dirigido al cardenal benedictino Dusmet, hoy ya beatificado, de 4 de enero⁴⁷. Ello supuso la reapertura del Colegio que la Congregación Casinense tenía en la Ciudad Eterna desde 1687, por decreto de Inocencio XI, y en el que Pío VII († 1823), Papa benedictino, había conseguido sus grados académicos. En 1891, el Colegio fue autorizado a conferir los grados académicos en Teología y en 1896 se trasladó al Aventino; la iglesia abacial fue consagrada en 1900. San Pío X confirmó el derecho del Colegio, como Ateneo Pontificio, a conferir los grados académicos, incluso el Doctorado, en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, y el centro fue equiparado plenamente a las otras Universidades Pontificias de Roma. Como Colegio Internacional, se convirtió desde el principio en una casa común de estudios para la formación de los estudiantes benedictinos, si bien acogería asimismo a otros de la amplia familia benedictina (cistercienses, olivetanos, camaldulenses...) y ajenos a ella. Otros documentos papales posteriores fueron reorganizando los estudios, pero principalmente hay que destacar que en 1952 se fundó el «Instituto Monástico»⁴⁸ y en 1961 se abrió el «Pontificio Instituto Litúrgico». En 1997, la Facultad de Filosofía creó una nueva especialidad, la de «Filosofía y Mística», y en el año 2002 se ha establecido el «Instituto Mabillon» para la Historia de la Teología.

⁴⁶ Sobre el nacimiento de la Confederación, cabe tener presente LINAGE, A., *San Benito y los benedictinos*, t. V, Braga, 1993, pp. 2668-2674.

⁴⁷ Sobre el Colegio de San Anselmo, hay que destacar dos obras con motivo del centenario: los trabajos reunidos bajo la dirección de BÉKÉS, Gerardo J. (ed.), *Sant'Anselmo. Saggi storici e di attualità*, Roma, Studia Anselmiana (en adelante, SA) n° 97, 1988; y el estudio de ENGELBERT, Pius, O.S.B., *Geschichte des Benediktinerkollegs St. Anselm in Rom*, Roma, SA n° 98, 1988. También cabe tener presente LINAGE, A., *San Benito y los benedictinos*, t. VI, Braga, 1993, pp. 3294-3315.

⁴⁸ Es oportuno citar los trabajos reunidos bajo la dirección de BIELAWSKI, Maciej – SCHMIDT, Albert (eds.), *Schola Christi. 50 anni dell'Istituto Monastico di Sant'Anselmo*, Roma, SA n° 134, 2002.

La restauración de este Colegio de Roma, ahora con carácter plenamente internacional y como buque insignia de la Confederación Benedictina, y el hecho de colocar como titular a San Anselmo, es en buena medida un reconocimiento de León XIII y de toda la Orden hacia éste como maestro insigne de la misma, como tal vez su figura más destacada en el plano cultural. Y ello, ciertamente, promovería un estudio más hondo de su pensamiento en el seno del Colegio, al menos entre algunos de sus profesores y alumnos. En efecto, en *Studia Anselmiana*, que es la colección de publicaciones del Pontificio Ateneo de San Anselmo de Roma, hay que destacar principalmente algunos trabajos expresamente dedicados a la doctrina del «Doctor magnífico», como los de Renato Perino, S.S.P.⁴⁹, o más recientemente la recopilación de varios estudios sobre su pensamiento filosófico y teológico bajo la dirección de Maternus Hoegen⁵⁰ y las actas del Congreso Anselmiano Internacional celebrado en Roma en mayo de 1998 con motivo del IX centenario del *Cur Deus homo*⁵¹. Los días 21 y 22 de abril del presente año de 2009, ha tenido lugar en el Colegio un simposio internacional con ocasión del IX centenario de la muerte del santo arzobispo cantuariense, bajo el título «Conoscenza ed affectus in Anselmo d'Aosta», bajo la dirección de los profesores Roberto Nardin y Alfredo Simón, monje benedictino éste último de la Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos y actualmente decano de la Facultad de Filosofía del Pontificio Ateneo⁵².

A partir de la creación del Instituto Monástico, buena parte del interés por la figura de San Anselmo se ha venido centrando en su doctrina monástica⁵³, en coincidencia con el desarrollo también en otros ámbitos monacales de dos conceptos y dos vertientes de estudio dedicadas a ellos: la «Teología de la vida monástica» y la «Teología monástica». Ambos conceptos han sido expuestos y promovidos por numerosos autores, casi todos ellos monjes, pero principalmente por el benedictino francés Dom Jean Leclercq⁵⁴.

En esta línea, existe ahora la tendencia de querer comprender a San Anselmo como un representante de esa «Teología monástica» que, estando a caballo entre la Patrística y la Escolástica, no sería sin embargo una Teología de mera transición y sin un carácter propio, sino que gozaría de un valor singular. No obstante, se corre el riesgo de querer «desescolastizar» en exceso al santo Doctor cantuariense, de pretender negarle –se ha hecho– el reconocimiento habitual que se le hacía de «Padre de la Escolástica» y que ciertamente le corresponde en buena medida. Ello nace, sin duda, de otra tendencia también creciente desde la segunda mitad del siglo XX y más aún a partir del Concilio

⁴⁹ PERINO, Renato, S.S.P., *La dottrina trinitaria di S. Anselmo nel quadro del suo metodo teologico e del suo concetto di Dio*, Roma, SA n° 29, 1952.

⁵⁰ HOEGEN, Maternus, *L'attualità filosofica di Anselmo d'Aosta*, Roma, SA n° 101, 1990.

⁵¹ GILBERT, Paul – KOHLENBERGER, Helmut – SALMANN, Elmar (eds.), *Cur Deus homo. Atti del Congresso Anselmiano Internazionale. Roma, 21-23 maggio 1998*, Roma, SA n° 128, 1999.

⁵² El trabajo es de 2009; actualmente el P. Simón es relator en la Congregación para las Causas de los Santos en Roma.

⁵³ No obstante, ya anteriormente fueron muy valoradas y estudiadas las enseñanzas de San Anselmo sobre la vida monacal, como lo refleja el trabajo del monje del hoy desaparecido monasterio benedictino de San Jerónimo de Roma, SAINTE-MARIE, H. de, O.S.B., «Les lettres de Saint Anselme de Cantorbéry et la Règle Bénédictine», en VV. AA., *Mélanges Bénédictins*, Abbaye de Saint-Wandrille, Éditions de Fontenelle, 1947, pp. 259-320.

⁵⁴ Un buen resumen en COLOMBÁS, G. M., *La Tradición Benedictina*, t. IX-2, pp. 664-675. A este tema dedicó su tesis doctoral SIMÓN, Alfredo, O.S.B., «Teología monástica». *La innovación conceptual e historiográfica de Jean Leclercq*, defendida en la Facultad de Teología del Pontificio Ateneo de San Anselmo en 2002. Un resumen en SIMÓN, Alfredo, O.S.B., «“Teología monástica”: la recepción y el debate en torno a un concepto innovador», en *Studia Monastica*, 44/2 (2002), pp. 313-371, y 45/1 (2003), pp. 189-233.

Vaticano II –tendencia en parte de origen protestante–, de buscar derribar por completo el edificio neoescolástico y neotomista que había venido siendo levantado desde tiempo atrás y sobre todo gracias a los impulsos dados por León XIII⁵⁵. En contraposición a esa actitud hacia el santo arzobispo, Benedicto XVI ha afirmado muy recientemente que San Anselmo es el «fundador de la teología escolástica»⁵⁶.

5.2 Tomismo benedictino-anselmiano.

El nuevo impulso dado a la Escolástica y muy en especial al tomismo a raíz de la encíclica *Aeterni Patris Filius* (4 de agosto de 1879), «sobre la restauración de la Filosofía Cristiana», del papa León XIII, tuvo sus repercusiones también entre los benedictinos. Según hemos visto, éstos ya mostraban una particular veneración por el pensamiento del «Doctor Angélico» desde siglos atrás, principalmente a partir de la escuela anselmiana salmantina y española en general, así como a partir de la escuela de Salzburgo, y de la irradiación de una y de otra. En ambos casos, pero sobre todo en el español de la Congregación vallisoletana y su núcleo fuerte de Salamanca, el tomismo era un tomismo anselmiano, es decir, un esfuerzo de síntesis entre Santo Tomás y San Anselmo, así como con San Agustín. Toda esta tradición, pues, facilitó las cosas a los deseos de León XIII en el ámbito benedictino.

En el caso del Colegio de San Anselmo de Roma, Dom Beda Adlhoch (1854-1910), de Metten, aclaró a dicho Papa que él efectivamente seguía a Santo Tomás, siendo fiel a los principios que habían proclamado tanto el Romano Pontífice como la tradición benedictina⁵⁷. Pero la figura señera del tomismo enseñado en las cátedras de San Anselmo de Roma sería sin duda su sucesor y decano de la Facultad de Filosofía, el luxemburgués Dom Joseph Gredt (1863-1940), monje del monasterio de Seckau (Estiria)⁵⁸. Sus *Elementa philosophiae aristotelico-thomisticae*, obra publicada por primera vez en Roma en 1899-1901, se convirtieron pronto en libro de texto corriente tanto en el Colegio de San Anselmo de Roma y en los escolasticados de los monasterios benedictinos (formación de los monjes encaminados al sacerdocio), como en otros ámbitos externos por completo a la Orden de San Benito, entre ellos no pocas universidades civiles. La obra del P. Gredt ha sido valorada altamente hasta nuestros días entre los seguidores del tomismo como un ejemplo de fidelidad clara al Estagirita y al «Doctor Angélico», pero a la vez con ciertos elementos propios u originales del autor⁵⁹. Podemos decir sin temor que Dom Gredt se decanta mucho más abiertamente por Santo Tomás que por un intento de alcanzar una síntesis de su pensamiento con el de San Anselmo, quizá más en línea por tanto con la herencia de la escuela de Salzburgo, pero ello no obsta para que, en cierto modo con un deseo de hacer al «Doctor

⁵⁵ Hemos tratado brevemente sobre esta cuestión en CANTERA MONTENEGRO, Santiago, O.S.B., *La crisis de Occidente. Orígenes, actualidad y futuro*, Madrid, Sekotia, 2008, pp. 21-25. Aquí recordamos cómo, desde el Beato Pío IX, los Papas vinieron advirtiendo del peligro de esta corriente antiescolástica, pues ya amenazaba con cierta fuerza en el seno de la Iglesia Católica desde mediados del siglo XIX.

⁵⁶ BENEDICTO XVI: «San Anselmo: teólogo, maestro y pastor valiente»: catequesis de los miércoles, en la Audiencia General de 23 de septiembre de 2009.

⁵⁷ LINAGE, A., *San Benito y los benedictinos*, t. VI, Braga, 1993, p. 3304.

⁵⁸ Acerca de él, por ejemplo, LINAGE, A., *San Benito y los benedictinos*, t. VI, Braga, 1993, pp. 3304-3305.

⁵⁹ Por ejemplo, se le tiene alta estima entre los miembros de la Escuela Tomista de Barcelona, como el fallecido profesor Canals, quien le denomina «tomista tan representativo»: CANALS VIDAL, Francisco, *Tomás de Aquino, un pensamiento siempre actual y renovador*, Barcelona, Scire, 2004, p. 45; no obstante, hace esta observación precisamente en una apostilla crítica hacia cierta afirmación del P. Gredt. También el profesor Eudaldo Forment lo cita o lo tiene presente con cierta frecuencia.

Magnífico» un predecesor del Aquinate, presente a ambos como «realistas moderados», juntamente con Aristóteles y la mayoría de los escolásticos⁶⁰.

Recuperando la tradición anselmiano-tomista de la Congregación de Valladolid, destaca en España el caso de Dom Julián Alameda, monje de la abadía de Santo Domingo de Silos y luego de la de Santa Cruz del Valle de los Caídos, que llevó a cabo la edición española de las obras completas de San Anselmo, traducidas por primera vez en su totalidad al castellano⁶¹. Hermano de otro benedictino de Silos, el P. Santiago Alameda, mariólogo que murió en olor de santidad, el P. Julián sacó a la luz esta edición en un momento de nuevo impulso de la Teología en España, especialmente en algunos centros como la Universidad Pontificia de Salamanca, la Universidad Pontificia de Comillas, otras facultades de la Iglesia e incluso en ámbitos civiles como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o también reflejada en el auge de las publicaciones de la Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.). Concretamente en Salamanca se revivía el esplendor filosófico-teológico de los Siglos de Oro y parecía la ocasión de que, junto al nuevo apogeo de Santo Tomás protagonizado por grandes dominicos del convento de San Esteban en los años 40 y 50, pudiera renacer la escuela anselmiana de la ciudad del Tormes, allí mismo o en los monasterios benedictinos españoles que experimentaban, al igual que todas las Órdenes y congregaciones religiosas, un fuerte rebrote vocacional como fruto de la sangre de tantos mártires y de una España que volvía a encenderse en el terreno espiritual.

En efecto, dice el P. Alameda en la presentación de esta edición: «Muy oportuna parécenos la publicación y vulgarización de estas obras en nuestros días, en que asistimos a un renacimiento de la ciencia teológica en España, ciencia que no podrá menos de recibir nuevos impulsos, ideas y auras bienhechoras al contacto de este filósofo de la teología, que supo abrir cauces a la explicación racional del dogma»⁶². Como ya sabemos, Dom Julián Alameda tuvo muy presentes en esta edición las realizaciones de la escuela anselmiana de los benedictinos españoles en el siglo XVII y ofreció un breve panorama acerca de ella, además de valerse especialmente de elementos como la *Summa Anselmiana* —pues así puede denominarse— del P. Ildefonso Olivares. Hoy, en el IX centenario de la muerte del «Doctor Magnífico», nos felicitamos por la reimpresión de esta edición, que acaba de llevar a cabo la B.A.C. bajo la dirección de D. Jorge Fernández Sangrador.

Pero el entusiasmo del P. Alameda no se detuvo aquí, sino que procuró promover en los monasterios benedictinos y también fuera de ellos un estudio más pormenorizado del pensamiento anselmiano, en buena medida desde una perspectiva tomista, en consonancia una vez más con la línea adoptada por la escuela anselmiana de los benedictinos españoles de los siglos XVII y XVIII. Claro reflejo de este propósito fue el breve pero muy interesante *Cursillo de Teología Anselmiana para estudiantes de Teología*, salido de las prensas en 1976⁶³.

Sin embargo, según hemos dicho líneas atrás, el gusto por la Escolástica y, en consecuencia, la firme formación tomista que permitía además una síntesis con el pensamiento anselmiano, lamentablemente no goza desde hace años de su mayor auge, dado que una fuerte tendencia antiescolástica ha irrumpido en los ámbitos católicos en

⁶⁰ GREDET, Josephus, *Elementa philosophiae aristotelico-thomisticae*, n. 114, 2; manejamos la edición en 2 vols. de Barcelona, Herder, 1958 (12ª ed.), vol. II, p. 94.

⁶¹ SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, ed. del P. Julián Alameda, O.S.B., 2 vols., Madrid, B.A.C., 1952-1953.

⁶² SAN ANSELMO, *Obras Completas de San Anselmo*, t. I, pp. 3-4.

⁶³ ALAMEDA, Julián, O.S.B., *Cursillo de Teología Anselmiana para estudiantes de Teología*, Zamora, Ediciones Monte Casino - Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos, 1976.

tiempos recientes. Y el monacato, amparándose en parte en los valores de la «Teología monástica», también ha sido afectado por esta tendencia.

5.3 Los estudios del P. Pouchet.

Uno de los mayores conocedores de la vida y del pensamiento de San Anselmo en tiempos recientes es sin duda el monje benedictino-olivetano de la abadía de Maylis (Francia) y profesor en el «Istituto Patristico Augustinianum» de Roma (ya retirado), el P. Jean-Robert Pouchet. Aparte de algunos artículos, destacan sobre todo dos libros dedicados al «Doctor Magnífico»: el primero de ellos es un estudio concienzudo y profundo sobre el concepto de *rectitudo* en el santo de Aosta, que es ciertamente una pieza clave de todo el conjunto anselmiano⁶⁴; y el otro es una breve obra de divulgación, que ofrece una buena aproximación al personaje y a su doctrina juntamente con una selección de textos⁶⁵.

Según el parecer de este monje olivetano, la historia de San Anselmo representa más que un simple momento de la Teología occidental: es una etapa decisiva, ya que asegura la transición entre la época de hierro del siglo X y la edad de oro de los siglos XII y XIII. Señala el P. Pouchet que permanece fiel a sus antepasados en el culto a la Sagrada Escritura y en el respeto a la Tradición, pero une a ello una confianza tranquila, reflexiva y madurada en la capacidad de una razón purificada e iluminada por la fe. Descubre así San Anselmo el secreto de la participación humana en la Sabiduría divina, que jamás puede ser total, porque la razón creada no puede penetrar de lleno en el misterio siempre insondable de Dios (lo cual, por tanto, elimina la posibilidad de un auténtico ontologismo, añadimos nosotros). Y el camino para todo esto es, por supuesto, Jesucristo, que une a Dios y al hombre y facilita a éste el retorno del alma hacia Aquél⁶⁶.

Sin perder su admiración declarada por la figura de San Anselmo, del que dice que ejerce una gran atracción y que «no se le puede conocer sin amarle»⁶⁷, en años recientes el P. Pouchet ha venido dedicándose más asiduamente al estudio de los Padres Capadocios.

6. CONCLUSIONES.

La aportación que hemos ofrecido aquí no es ni mucho menos exhaustiva. Ha querido presentar un panorama suficiente para aproximarnos a la estela dejada por San Anselmo de Canterbury entre los benedictinos y la actitud mostrada por éstos hacia aquel auténtico modelo de santidad, maestro de vida monástica y Doctor insigne de la Iglesia Católica, centrándonos principalmente en algunos hitos y momentos de especial relieve.

En primer lugar, la denominada «Escuela de Bec» se alza sin duda como la herencia más directa del santo de Aosta, sobre todo en su monasterio de Bec y en el núcleo cantuariense. De entre sus autores, resalta de manera singular su biógrafo Eadmero, al menos por haber redactado su vida, gracias a la cual conocemos muchos aspectos de ésta, y como mariólogo defensor de la Inmaculada Concepción de María,

⁶⁴ POUCHET, Jean-Robert, O.S.B. Olivet., *La rectitudo chez Saint Anselme. Un itinéraire augustinien de l'âme a Dieu*, París, Études Augustiniennes, 1964.

⁶⁵ POUCHET, Jean-Robert, O.S.B. Olivet., *Saint Anselme. Un croyant cherche a comprendre*, París, Les Éditions du Cerf, 1970.

⁶⁶ POUCHET, J.-R., O.S.B. Olivet., *La rectitudo chez Saint Anselme*, p. 263.

⁶⁷ POUCHET, J.-R., O.S.B. Olivet., *Saint Anselme*, p. 10.

algo en lo cual llegó a la conclusión que su maestro todavía no se había atrevido a afirmar con rotundidad.

Pero nos parece que reviste un interés especial el renacimiento anselmiano vivido entre los benedictinos de la Congregación de Valladolid en el siglo XVII, de la mano fundamentalmente del cardenal José Sáenz de Aguirre y del núcleo salmantino, desde donde se extendió a todo el ámbito español e incluso saltó las fronteras. La fuerza de su influjo llegó a Roma, a Inglaterra y a Centroeuropa, aquí sobre todo por medio de los benedictinos tomistas de la Universidad de Salzburgo. La línea clara dejada por el cardenal Aguirre era la de alcanzar una síntesis entre San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás, leyendo en buena medida al segundo desde éste. Veía él que eso daría frutos de buena doctrina, porque las tres luminarias eran modelo incuestionable de ortodoxia y, como podríamos decir, de *philosophia perennis*, así como de Teología católica intachable. En el siglo XX, Dom Julián Alameda quiso recuperar aquel amor de los benedictinos españoles por el santo de Aosta y el Aquinate, mientras que desde finales de la centuria anterior los monjes profesores del Colegio de San Anselmo de Roma, acogiendo de buen grado las directrices de León XIII, se inclinaban abiertamente por el tomismo, si bien sin tanta referencia al Doctor cantuariense; buen ejemplo de ello es el caso de Dom Joseph Gredt. Además, no hay que olvidar los estudios del P. Pouchet y otros salidos igualmente de monjes de la familia benedictina.

De manera más reciente, el apogeo de la «Teología de la vida monástica» ha centrado principalmente el interés en la doctrina monástica de San Anselmo. Asimismo, el desarrollo de la «Teología monástica» ha realzado el valor propio del «Doctor Magnífico» como representante de ésta, pero tal vez con el peligro de acabar queriendo desvincularlo en exceso de los inicios del auge de la Escolástica.

Desde nuestro punto de vista, todas estas tendencias y perspectivas pueden ser legítimas, tal vez con ciertos matices en ocasiones, como hemos señalado sobre todo para lo que acabamos de decir sobre la inserción de San Anselmo en la «Teología monástica». Quizá en este punto sea oportuno tener presentes las apreciaciones de Dom Jean Mabillon, no sólo en pro de la teología histórico-positiva, sino también a favor de la verdadera Escolástica. Pero asimismo, una matización que cabría hacer a la interpretación tomista del pensamiento del arzobispo cantuariense es que no se debe privar a éste de sus caracteres verdaderamente propios y originales: hay que evitar que San Anselmo deje de ser San Anselmo para convertirlo en otro Santo Tomás. Cada uno de los dos tiene una personalidad singular y un pensamiento rico de por sí.

En fin, nuestra postura personal se inclina abiertamente por el esfuerzo de alcanzar una auténtica síntesis, pero no una confusión, entre los tres grandes maestros que ya señalara el cardenal Aguirre: San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás. Sin que cada uno pierda lo que es suyo y advirtiéndolo en qué uno puede corregir o completar a los otros, nos parece posible este propósito, ya que creemos sinceramente en la existencia de una Filosofía y una Teología perennes, afirmada por los Papas. En definitiva, un bien entendido tomismo anselmiano nos parece perfectamente adecuado en la formación y en el estudio benedictino. Dios ha dado a muchas Órdenes religiosas un maestro o unos maestros especiales adecuados a su particular carisma y, sin que dejen de ser ellos mismos, es viable procurar la síntesis con los otros grandes maestros de la fe católica, ya que todos son siempre patrimonio común de la Iglesia universal. Asimismo, queremos reafirmar desde aquí el valor de la Escolástica, de la que no se puede sin demasiada presunción negar a San Anselmo una justa paternidad. En la formación escolástica existen muchos y grandes valores que hoy prácticamente han desaparecido en el ámbito eclesiástico al venirse ésta abajo: la precisión en la expresión y en las definiciones, la capacidad de exponer las cuestiones y de alcanzar sus

soluciones con orden, la claridad mental para discernir la verdad y el error, la habilidad para mantener debates y discusiones de tipo doctrinal, etc. Todo esto no hizo a San Anselmo ser menos fiel al espíritu monástico, como tampoco lo hizo en el cardenal Aguirre, quien precisamente en cierto momento de su vida procuró llevar a cabo una reforma benedictina observante y vivió siempre con reconocida y admirada austeridad⁶⁸.

⁶⁸ Se puede ver en PRADO, N., *Cardenal Aguirre*, sobre todo caps. 17 y 22.